

Cambiar la Educación para Cambiar el Mundo

Claudio Naranjo

5.- Una educación de la persona entera para un mundo unificado

"Casi toda educación tiene un móvil político: se propone fortalecer a algún grupo, nacional, religioso o social en la competencia con otros grupos. Es éste móvil el que principalmente determina qué materias se enseñan, qué conocimiento se ofrece y qué conocimiento se oculta, y que determina además qué hábitos mentales se espera que los pupilos cultiven. Prácticamente nada se hace en función del desarrollo interior de la mente y del espíritu; en efecto, quienes han recibido más educación han sufrido a menudo una atrofia mental y espiritual"

Bertrand Russel, en Grace Llewelyn, Op. cit.

"Más vale poco conocimiento de cosas superiores que mucho conocimiento de cosas inferiores"

Tomás de Aquino

Se habla hoy en día mucho de un "cambio de paradigma" en la ciencia y, más generalmente, en el modo de comprender el mundo y el ser humano. ¿Cuál es ese nuevo paradigma, que invocan tanto la nueva física como la psicología contemporánea, y que, de un modo más o menos implícito, está afectando prácticamente a todos los campos del saber y del hacer?

Podemos llamarlo "holismo" o "integralismo": un enfoque centrado en el todo. Esta es la perspectiva que subyace a inspiraciones tan diversas como la teoría general de sistemas, el enfoque sistémico de la ciencia de la administración y la gestión de empresas, el estructuralismo, y la psicología de la forma. La característica más llamativa de nuestra época es una nueva manera de concebir las estructuras, la organización, la interrelación de las partes en un todo. La vida y el universo se nos presentan hoy en día como metaestructuras evolutivas.

Hace unos dos mil quinientos años, el Buda contaba la historia de unos ciegos que se hacían una idea de lo que era un elefante de acuerdo con la parte que tocaban de él, comparándolo uno a una palmera, otro a una cuerda, otro a un abanico, etc., según sus manos exploraran una pata, la cola, una oreja, u otras partes del animal. Esta historia, recogida más tarde por los sufíes, se ha hecho particularmente popular hoy en día, y con razón, pues expresa el florecimiento en el espíritu de nuestro tiempo de una comprensión cada vez más generalizada de que el todo es, efectivamente, algo más que la suma de sus diversas partes.

Este cambio de perspectiva sobre el mundo es sin duda reflejo de un proceso vivo: si en el ámbito intelectual estamos en una época de holismo, en términos más generales puede decirse que estamos en una era de síntesis. No sólo nos hemos vuelto más interdisciplinarios, más ecuménicos, más interculturales, sino que cada vez más vamos sintiendo la necesidad de tornarnos en personas completas en un mundo unificado.

La educación holística, como el enfoque holístico de la realidad en general, es parte de esa tendencia sintetizadora que está en marcha. Fue Rousseau, padre del romanticismo y

abuelo de la revolución francesa, el primero en llamar la atención sobre la importancia capital de la educación de los sentimientos. Luego otros, como Dewey, Maria Montessori y Piaget, pusieron el acento en el aprendizaje a través de la acción. Por otra parte, Steiner y las Escuelas Waldorf nacidas de su obra, insisten en el desarrollo de la intuición y en lo que ahora llamamos educación transpersonal. Más recientemente, el Movimiento del Potencial Humano ha inducido a experimentar en la educación del "ámbito afectivo". La Educación Holística se propone reunir todas esas voces dispersas, como proyecto que pretendería abarcar la totalidad de la persona: cuerpo, emociones, intelecto y espíritu.

Aparte de poder llamarse holística en el sentido de pretender educar a la persona entera, creo que la educación debería de ser holística también en otros aspectos: por ejemplo, por perseguir una integración de los conocimientos, por su interés en la integración intercultural, por su visión planetaria de las cosas, por su equilibrio entre teoría y práctica, por colocar la atención tanto en el futuro como en el pasado y el presente. Un asunto particularmente crítico ha de ser, naturalmente, el equilibrio de los aspectos "paternos", "maternos" y "filiales" de la persona. Por esto me inclino a hablar de "educación integral" en referencia al holismo educacional que está surgiendo, y al que personalmente me adhiero.

Mientras en EE.UU. las cosas han ido evolucionando desde la "revolución de la conciencia" hasta el conservadurismo creciente de la década de los ochenta, la idea de una educación integrativa y comprensiva ha podido toparse con la pregunta de si acaso ello no constituye un lujo. Sin referirse específicamente a la educación, por ejemplo, Yankelevich escribe en un libro suyo, recientemente publicado, *New Rules*, que la situación mundial se está haciendo tan crítica y la situación individual va a tornarse tan difícil, que ya no es tiempo de seguir buscando la "auto-realización". Los días del Movimiento del Potencial Humano, según él, deben considerarse como cosa del pasado, como reflejo de la situación de abundancia transitoria que existía cuando surgió.

Creo que debemos guardarnos de semejante punto de vista, que no es más que una regresión a la actitud excesivamente práctica y "realista" que está en el origen de la problemática actual. Es precisamente la urgencia de los problemas a los que nos vemos hoy en día confrontados como especie, lo que convierte en imperativo, y no en un lujo, el acometer bajo un nuevo enfoque la tarea educativa. Como dicen Botkin y otros en su Informe al Club de Roma *No Limits to Learning*¹:

“Después de una década de discutir temas generales, algunos signos de cambio se dejan notar en los debates. La mayoría de los participantes en extensas conferencias centradas en proponer nuevos modelos de construcción del mundo han sentido que faltaba en los diálogos un elemental sentido crítico. La preocupación por el aspecto material de la problemática mundial había restado efectividad a los planteamientos. Ahora se hace evidente una nueva preocupación: la de volver a colocar al ser humano en el centro de esa problemática. Ello supone un cambio, en el sentido de dejar de considerar los problemas globales como manifestaciones de problemas físicos de supervivencia material (Life Support System), para empezar a aceptar la importancia preeminente del aspecto humano de tales problemas”.

¹ *No Limits to Learning: Bridging the Human Gap*, James W. Botkin, Mahdi Elmandjara & Mircea Maletza, Pergamon Press, 1979.

Estos escritores hablan de la "brecha" (Human Gap) a la que se ve enfrentado el ser humano –la distancia entre la creciente complejidad de los problemas y su capacidad para hacerles frente– y creen que esa brecha puede salvarse utilizando como puente el aprendizaje:

“El aprendizaje, en este sentido, va mucho más allá de ser un tema general más. El fracaso en este campo constituye actualmente, de un modo fundamental, el tema central de la problemática mundial. En resumen, aprender se ha convertido en un asunto de vida o muerte”.

Yo prefiero, personalmente, hacer hincapié en el "desarrollo" y decir que si continuamos como gusanos, rehusando convertirnos en mariposas, acabaremos destruyendo nuestro medio ambiente y devorándonos los unos a los otros. Dicho de otro modo, no podemos permitirnos seguir dejando de lado, como mera posibilidad, esa transformación del ser humano que se ha dado de hecho en todas las épocas. Lo que en otros tiempos fue sólo el destino de unos pocos y pudo parecer un lujo en el pasado, ahora se presenta con caracteres de urgencia colectiva. Hoy en día el crecimiento del poder de que puede disponer el ser humano amplifica los efectos de los fallos que comete en su ejercicio, y las consecuencias resultan inevitables para una población que amenaza con sobrepasar los límites de capacidad del planeta. En todo ello no podemos dejar de ver la expresión de una psique desarrollada sólo de un modo muy incompleto.

La psicología del ser humano ordinario –la psicología que tenderíamos a llamar "normal"– es, psicoanalíticamente hablando, regresiva. Bajo la capa de pseudoabundancia que mostramos al mundo, y con la que tal vez nos identificamos, nuestra motivación brota generalmente de los que nos falta: somos codiciosos, nos sentimos insatisfechos, dependientes. En otro tiempo, en los tiempos de nuestros antepasados Cromagnon, éramos caníbales, pero a juzgar por la marcha de los asuntos internacionales seguimos siéndolo implícitamente. Los gastos militares del mundo en 1979 excedieron la cantidad de mil millones de dólares por día, y en años posteriores, en que la escasez y la superpoblación se han hecho más amenazantes, no hicieron más que aumentar. ¿Sería ello necesario si no fuéramos a nivel inconsciente una sociedad paranoide y canibalística? ¿No sería razonable dedicar esta suma a un programa de restauración de la tierra, que incluyese como más urgentes las necesidades de atención ecológica y de desarrollo de la conciencia?

Nuestra vida colectiva, ya en los albores de la prehistoria, conoció retos que estimularon a nuestros antepasados a evolucionar, pero también traumas que nos precipitaron en un "abismo" de patología psico-social. La motivación carencial –y la consiguiente explotación del prójimo, de la naturaleza y de sí mismos que de ella se deriva– se ha perpetuado por contagio, infectando, una generación tras otra, el psiquismo de los seres humanos que nos han precedido, de modo que actualmente nos vemos empujados por ella a un inminente naufragio, del que sólo podremos salvarnos si sabemos nadar, y utilizo la metáfora de "nadar" para nombrar la nueva conciencia capaz de trasladarnos de "aquí" a "allá", desde el condicionamiento milenario y obsoleto que estamos padeciendo, a un nuevo orden mundial.

Lejos de constituir un lujo, una educación nueva –una educación de la persona entera para un mundo total– es una necesidad urgente, y es también nuestra mayor esperanza: todos nuestros problemas se simplificarían enormemente sólo con poder alcanzar una verdadera salud mental, ya que ésta conlleva una auténtica capacidad de amar. Como decía Krishnamurti años atrás, "la paz individual es la base sobre la que se asienta la paz del mundo".

Viven hoy todavía la mayor parte de las personas que formaron parte de una generación de buscadores tal vez sólo comparable a la de quienes conocieron los primeros tiempos del cristianismo o el surgimiento de otras grandes religiones. Este fenómeno cultural, que explotó en los Estados Unidos hace unos treinta años, ha atravesado un período de expansión entusiasta y otro de apagamiento desencantado, y ello refleja la estructura de un proceso psicológico. Pasado todo aquel bien conocido entusiasmo al iniciar el camino, cuando parecía que pronto el mundo entero estaría transformado, una fracción considerable de aquella juventud norteamericana ha avanzado hacia la igualmente bien conocida etapa de darse cuenta que –como Gurdjieff solía decir– "al comienzo son rosas, rosas, rosas; luego, espinas, espinas, espinas". Toda una generación, prácticamente hablando, se embarcó en aquella búsqueda; sin embargo, hasta ahora no hemos visto como resultado una sociedad transformada, sino tan sólo un puñado de aprendices de brujo en diverso grado de desarrollo: individuos sólo parcialmente transformados, que tienen algo que aportar desde su experiencia y que ahora saben que el viaje es mucho más duro y largo de lo que habían pensado.

Si es tan difícil transformar a un adulto, puede resultar más sencillo comenzar con los jóvenes. Si pensamos en términos de una perspectiva global, teniendo en cuenta las necesidades más vitales que nos acucian como habitantes de esta tierra, la educación, y en particular toda ayuda que pueda prestarse al crecimiento de los individuos humanos durante su etapa de mayor plasticidad, sobresale de entre todas las estrategias posibles como la más adecuada en orden a poder intervenir conscientemente en nuestra propia transformación evolutiva. Ciertamente, es también la más económica, en un tiempo en donde el factor económico es crucial.

Hitler descubrió en su momento que controlando la educación podía controlar a la sociedad. Podríamos rescatar la verdad que se esconde en esa percepción, asentándola sobre una base verdadera, pues no es a través de un "control" como podremos alcanzar el fin que perseguimos, sino a través de actitudes de atención, habilidad y afecto, y más que nada por la calidad del propio ser. Sólo dotando a los jóvenes de la posibilidad de convertirse en seres humanos completos podemos esperar un mundo mejor. Si hemos de "controlar" la educación, necesitamos entender que ese control debe ponerse al servicio de la liberación de los individuos –en realidad, sería más bien un contra-control.

A muchos nos resulta familiar el eslogan: "Formar los hombres que la patria necesita". Si atendemos al sentido implícito de esta expresión, formación aquí viene a ser sinónimo de socialización en términos generales, es decir, educación concebida como vehículo de condicionamiento social. Pero si hablamos de formar los hombres que el mundo necesita, debemos admitir que entonces, necesariamente, no se tratará de educar desde y para el conformismo, sino para la libertad y la autonomía, pues un "mundo" verdadero sólo será posible en base a contar con auténticos individuos.

Escribiendo después de Darwin, Herbert Spencer comparaba la sociedad a un organismo –idea que generalmente han dejado de lado los sociólogos posteriores. Realmente,

nuestra sociedad dista mucho de ser un organismo, y en esto hemos avanzado menos que las abejas y las hormigas. Una sociedad que fuese con respecto al individuo lo que el cerebro es a las células que lo constituyen, tendría que cimentarse en la existencia de seres humanos maduros, esto es, seres integrados y en vías de auto-realización, y no esa especie de robots humanoides que desde su ceguera y otros males fomenta nuestra sociedad.

Puede decirse que una educación orientada al individuo entero está de por sí orientada hacia una totalidad más vasta, es "una educación para un mundo unificado", y he querido poner de relieve esta idea incluyéndola en el título de este capítulo. En primer lugar, para subrayar la tesis de que "una educación de la persona entera es una educación para el mundo total", y también por lo saludable que puede resultar el acentuar específicamente la finalidad metapersonal. Además, ésta es una idea inspiradora: si nos hacemos conscientes de lo mucho que necesitamos una educación orientada hacia la paz y hacia la unidad mundial, tal vez esa conciencia pueda suscitar la capacidad de contribución creativa correspondiente a esa finalidad.

Un individuo no puede verdaderamente considerarse completo si carece de una visión global del mundo, si no posee un sentimiento de hermandad. Necesitamos una educación que lleve al individuo hasta ese punto de madurez en el que, elevándose por encima de la perspectiva aislada del propio yo y de la mentalidad tribal, alcance un sentido comunitario plenamente desarrollado y una perspectiva planetaria. Necesitamos una educación del yo como parte de la humanidad, una educación del sentimiento de humanidad.

El despertar espiritual que forma parte de nuestro destino potencial no supone solamente el nacimiento del "yo", sino también el alumbramiento del "tú". El nacimiento del Ser supone el nacimiento del yo-tú, el alumbramiento del sentido del "nosotros".

¿Cómo puede la educación contribuir a crear el sentido del nosotros? No solamente a través de una actitud ajena a todo localismo y abierta a una visión universal de las cosas, sino, ante todo y sobre todo, por medio de una experta aplicación de técnicas de liderazgo comunitario, esto es, prestando un asesoramiento experimentado acerca de los procesos de formación de grupos en el verdadero sentido de la expresión.

Para Carl Rogers los grupos son posiblemente el invento más significativo del presente siglo. El futuro dirá. Pero en todo caso constituyen un recurso muy importante, y creo que todo educador debiera de adquirir un repertorio de habilidades que incluyeran, entre otras, la capacidad de facilitar una comunicación sincera entre sus alumnos – responsabilizándose de sus consecuencias–, la capacidad de reconocer y expresar las propias percepciones, tanto de sí mismo como de los otros, y la de desarrollar su propia empatía y mantenerse alejado de los juegos del ego. Este proceso no debería, sin embargo, limitarse a la celebración de grupos de encuentro u otros de índole semejante, sino constituir más bien el trasfondo de toda situación educativa. Hay dos clases de grupo que por representar otras tantas formas poderosas de actividad comunitaria quiero subrayar especialmente. Uno es el grupo de tareas, que ofrece una situación ideal para el aprendizaje del trabajo en colaboración así como para desarrollar la conciencia de todo cuanto la dificulta. El otro, los grupos de toma de decisiones, que además de ofrecer a los participantes un claro reflejo de su carácter, constituyen tal vez el instrumento más fundamental de que disponemos en orden a una educación para la democracia.

Al aplicar todos estos recursos, debemos tener presente que, en la situación que atravesamos, crecimiento y curación son inseparables. Sólo artificialmente cabe separar el campo de la educación del de la psicoterapia y de las disciplinas espirituales, pues realmente no existe más que un único proceso de crecimiento-curación-iluminación. El tabú que se opone a la introducción de la psicoterapia en la educación debe entenderse como el síntoma regresivo y defensivo que es en realidad: si seguimos desatendiendo el campo de lo afectivo en la educación, continuaremos devolviendo al mundo individuos fijados en pautas infantiles de conducta, sentimiento y pensamiento, y ciertamente nos estaremos alejando del objetivo de educar a la gente para que puedan desarrollarse en plenitud.

Después de haber dicho con tanto lujo de palabras que, en verdad, ha llegado la hora de poner en práctica la idea de una educación integral, quisiera ahora exponer, aunque sea sólo parcialmente, cuál es mi visión de lo que podría ser la educación del futuro. Y al empezar a hacerlo, no puedo dejar de recordar el ensayo que Aldous Huxley dedicó al tema: "Sobre la educación de un anfibio". Las observaciones y sugerencias que siguen no son otra cosa que una puesta al día de la invitación pionera que Huxley lanzara en pro de una educación holística hace ahora más de treinta años.

No es preciso decir que la nueva educación irá dirigida al cuerpo y a las emociones, a la mente y al espíritu. Pero ¿de qué manera, y valiéndose de qué instrumentos?

Con respecto a la educación física, sabemos hoy en día ya lo suficiente como para reconocer que aparte el entrenamiento en deportes y otras medios de mantener una adecuada forma física, existen otras formas más sutiles de trabajo corporal. Es el campo de lo que el Dr. Thomas Hanna designó con el nombre de "Nuevas Somatologías". Podríamos hablar de un trabajo corporal externo e interno, siguiendo la aplicación que de estos términos se hace en los deportes. Lo nuevo que es preciso añadir a la educación física tradicional tiene que ver con la actitud y la atención, y aparte de esto sería aconsejable incorporar al curriculum algunas formas de entrenamiento sensorio-motor. Pueden resultar excelentes y apropiadas, no solamente ciertas técnicas de trabajo en base al movimiento corporal, como la de "Autoconciencia por el Movimiento" de Feldenkrais, la "Eutonía" de Gerda Alexander o la educación psicomotriz relacional, sino también otros enfoques más tradicionales como el Hatha Yoga y el Tai-Chi-Chuang.

Otro campo, relacionado también con la vertiente física del holon humano, y necesitado asimismo de atención, es el relativo a las que podríamos llamar destrezas, sea en el campo del cuidado doméstico, del arte culinario o la artesanía en general. Si el lado psicopatológico interfiere con la capacidad de movilización en orden a cumplir cualquier tarea, es claro que el cultivo de una actitud sana con respecto a la propia actividad posee un indudable valor terapéutico. El trabajo manual ofrece también una ocasión valiosa para desarrollar virtudes profundas como son la paciencia y la capacidad de autosatisfacción, sólo con que se nos sepa hacer captar el valor interior que esconde cualquier forma de arte y aprendamos a usar la situación exterior para el propio crecimiento como persona.

Pasemos ahora a la educación de los sentimientos. En primer lugar, hemos de decir que resultaría artificial separar demasiado la educación afectiva de lo que pertenece a la educación de las relaciones interpersonales, e igualmente, tampoco podemos separar del todo el campo afectivo interpersonal del tema del autoconocimiento. Según esto, quiero señalar que todo lo que se contiene bajo la rúbrica de la educación interpersonal, llámese

autoconocimiento, autoestudio o autocomprensión - ese alto ideal ardientemente asumido y predicado por Sócrates-, es algo que los actuales modelos educativos marginan sistemáticamente en unos tiempos en los que contamos con recursos suficientes para obrar de otro modo. Hora es ya de contar en nuestros currículos con laboratorios de comunicación humana modernamente concebidos en donde se fomente y facilite la capacidad de autocomprensión, en un contexto de concienciación interpersonal y aprendizaje comunicativo, partiendo de los muchos recursos disponibles hoy en día, desde el ejercicio de libre asociación que Freud introdujera, hasta los últimos refinamientos surgidos dentro del movimiento humanístico.

Por supuesto, necesitamos desarrollar, si no recobrar, la capacidad de identificar los propios sentimientos, así como la de expresarlos de forma auténtica y adecuada. No podemos permitirnos pasar por alto la contribución que representan las técnicas de dramatización, y más generalmente, de expresión, para el desarrollo de la vida emocional. También es importante en este aspecto un recurso procedente de la concepción liberal de la educación: el contacto con el patrimonio literario y artístico del mundo entero, hecho con la guía apropiada, constituye un legado recibido de corazón a corazón, así como la ciencia y la filosofía son una herencia que se transmite de mente a mente.

Lo más importante que tengo que decir, sin embargo, en lo que respecta a la educación en el campo afectivo, podría ser la necesidad que tenemos de reconocer que su objetivo central es el desarrollo de la capacidad de amar.

No cabe la menor duda de que la salud y todas sus virtudes naturales concomitantes son inseparables de la capacidad de amarse a sí mismo y amar a los otros. Así pues, tenemos necesidad de una pedagogía del amor. Contamos con información suficiente para poder desarrollarla; tal vez lo que estaba faltando era un sentido de dirección y la ocasión para aplicarla en un entorno educativo. Sabemos, por ejemplo, que aparte de la necesidad de proporcionar calor, comprensión y seguridad psicológica, y dar además ocasión para desarrollar el sentimiento comunitario, es necesario ocuparse adecuadamente de la ambivalencia infantil con que crece la gran mayoría de la gente en nuestra sociedad como resultado inevitable de haber tenido por padres a unos seres que lo han sido todo menos emocionalmente maduros, felices y productivos. El potencial amoroso del individuo viene velado por su odio a sí mismo y por su destructividad, consciente o inconsciente, cosas todas surgidas en su más temprana historia. Liberarse de ellas, como a estas alturas demuestra claramente la experiencia psicoterapéutica, exige alcanzar una comprensión intuitiva más que puramente intelectual en el re-examen de la propia vida, y ventilar todo el dolor y frustración asociados a las impresiones del pasado para así poder soltarlos. Por supuesto, todo ello requiere normalmente un largo proceso psicoterapéutico, pero aun así hoy en día puede realizarse en un tiempo mucho más corto que en la época dominada por la exploración psicoanalítica.

Yo creo que todo esto se debe en gran parte al tabú existente en el campo educativo con respecto a lo terapéutico, así como con respecto al tema religioso. Se estima que el campo educativo debe ser distinto y no debe ser invadido por esos otros campos. Es una concepción un poco territorial, desbordada en la realidad por complicaciones comprensibles, como las que se producen cuando un niño empieza a hablar en el colegio de cosas que pasan en su casa. Estas no son cosas que se puedan manejar a nivel local, a nivel del propio colegio. Los profesores, los directores escolares, incluso los burócratas de la educación, necesitarían contar con un apoyo mucho más fuerte para poder tomar la

iniciativa de implantar en la escuela elementos que forman parte de la metodología –de la tecnología, podríamos decir– de que hoy disponemos para desarrollar y/o sanear las relaciones afectivas. Si la crisis que padecemos es ante todo una crisis de relaciones, una crisis en relación con la capacidad amorosa del ser humano, no podemos seguir manteniendo esa separación entre lo terapéutico y lo educativo, ni podemos seguir identificando educación con una instrucción a menudo irrelevante.

Tal vez el recurso procedente del campo de la Psicología Humanística que más se ha intentado aplicar en el contexto educativo, al menos en los EE.UU., ha sido el enfoque gestáltico (con el nombre de "educación confluyente"). George Brown, profesor de educación en el campus de Santa Barbara de la Universidad de California, y también gestaltista, consiguió el apoyo del Instituto Esalen y de la Fundación Ford hace ya más de veinte años, y ha estado impartiendo formación gestáltica a educadores de un modo sistemático en todos estos años, no tanto con la intención de convertir a la terapia gestáltica en una parte adicional del curriculum, sino con el objetivo de dotar a los profesores de una mayor capacidad de acercamiento experiencial a la verdad, de una mejor comprensión de la condición humana, y una mayor habilidad de manejarse como personas frente a otros seres humanos –todo lo cual supone estar trabajando en el terreno fronterizo entre lo terapéutico y lo didáctico. Creo que la Gestalt merece ser recomendada como un recurso de primer orden por la economía que supone: un contacto aun breve con la Gestalt puede aumentar en la persona ese tipo de habilidades, al devolverle la capacidad de estar en el aquí y el ahora. La mayoría de la gente vive bajo un implícito tabú que le impide expresar lo que le está sucediendo en el momento, de modo que cuando adquiere la capacidad de hacerse más consciente y asumir la responsabilidad de su experiencia en el aquí y el ahora pueden surgir mil cosas nuevas. Ésta es una liberación preñada de consecuencias. Cuando alguien puede interrumpir lo que está sucediendo a nivel discursivo para decir, por ejemplo, "Algo me huele mal", o "Me siento incómodo", o "Esta situación me está aburriendo", trasladando así la comunicación al nivel interpersonal, es posible superar muchos estancamientos estériles.

Algo semejante podría decirse del A.T. (Análisis Transaccional), del psicodrama, y de otras diversas terapias contemporáneas. Merecerían formar parte de un mosaico ideal de experiencias y contribuirían tanto al proceso de desarrollo personal como a la formación profesional de los educadores. Pero, al soñar en una posible educación del futuro, quiero subrayar muy especialmente el enorme potencial que encierra para la educación un enfoque terapéutico todavía no muy conocido ni siquiera en el ámbito de la terapia y que se conoce con el nombre de Proceso Fischer-Hoffman. No se originó en el mundo académico, sino más bien en el espiritual, y le concedo una singular relevancia como remedio frente a los males patriarcales, pues constituye un método específicamente dirigido a conseguir la integración del "padre", la "madre" y el "hijo" dentro de la persona. También se le conoce con el nombre de "Proceso de la Cuadrinidad", por cuanto persigue la armonización del cuerpo, las emociones, el intelecto y el espíritu del individuo. Hace ya más de diez años, en uno de los congresos internacionales de Gestalt celebrado en Estados Unidos, lo recomendé como algo sumamente apropiado para la formación de gestaltistas y en general como instrumento recomendable en la formación de cualquier tipo de terapeutas. Pero creo que el principal potencial de este método está en el campo educativo. Consigue con relativa facilidad plantar en poco tiempo una semilla de curación en lo que constituye la especialidad de este método: el campo de las

relaciones de la persona con sus padres, ya estén vivos o muertos. La idea es la misma del cuarto mandamiento, ya que el desamor, la ambivalencia amorosa hacia los padres, la agresión consciente o reprimida contra ellos, perturba todas las relaciones de la persona con el mundo, y es lo que (por usar el lenguaje psicoanalítico) está detrás de la "compulsión de repetición", el transferir interminablemente al presente actitudes aprendidas en el pasado. Si se restablece el vínculo amoroso con los padres (un vínculo amoroso que la mayor parte de la gente ni siquiera sospecha haber perdido), se restablece la posibilidad de otro nivel de amor hacia sí mismo y, por extensión, hacia los demás.

Si quisiéramos decir qué aspecto estaría más necesitado de reforma dentro del ámbito de la educación del intelecto, sería necesario apuntar hacia algo bien diferente de todo cuanto se revisa y plantea de año en año en los innumerables congresos de educación a nivel nacional y mundial, y a lo cual se dedican enormes sumas. Tanto en Estados Unidos como en otros países se invierten millones de dólares en reformas educativas que no tratan sino de reformar el curriculum, la mayor parte de las veces en base a simples variaciones sobre los mismos temas. Lo que se necesita no es tanto modificar cuanto condensar de un modo significativo el curriculum tradicional, en base a una seria tarea de selección que apenas si se ha comenzado a realizar, e implantar lo que yo llamaría una ética de economía tanto de los recursos como del tiempo de los estudiantes, de modo que la situación escolar pueda ser usada en provecho del niño de un modo más fructífero desde una perspectiva más atenta a los valores humanos.

Cabría esperar que con respecto a la vertiente cognitiva de la educación habría menos que decir o hacer en orden a su posible mejora, ya que hasta ahora la educación ha venido centrándose casi exclusivamente en ese aspecto. Sin embargo, la educación, en su aspecto intelectual necesita ir mucho más allá de la mera transmisión de información, tanto si el objetivo es comprender mejor el mundo como si lo que se pretende es capacitar al individuo para llevar a cabo en él tareas especializadas.

El extender la educación más allá de los contenidos cognitivos, según estoy sugiriendo, nos confronta con la necesidad de desarrollar la vertiente informativa de la escuela de un modo mucho más eficiente de lo que se ha venido haciendo hasta ahora, simplemente porque habría mucho menos tiempo para dedicarse a ello. Necesitamos aprovechar al máximo todo el potencial que encierran los puzzles y los juegos, que constituyen un medio ideal para el aprendizaje temprano de las matemáticas, desplegar toda la riqueza de los recursos audiovisuales, explorar las posibilidades de los ordenadores, etc. Y creo que ante todo, necesitamos lo que podría llamar una ética de brevedad: no podemos permitirnos sobrecargar la capacidad de almacenamiento de nuestros cerebros con informaciones detalladas sobre cosas o aspectos no esenciales, sino que debemos concentrarnos al máximo en cuestiones realmente significativas, ya sea con respecto a la visión del mundo o relativas a la propia vocación o preparación para el servicio en medio de él. La sed de comprensión forma parte de la naturaleza humana y necesita alimentarse de una visión panorámica del conocimiento. Sería, pues, aconsejable y sabio poner por obra un tipo de educación que entrañase un equilibrio entre generalismo y especialización; esto es, una educación capaz de promover habilidades específicas sobre un trasfondo de contenido general. Esto en sí implicaría una cierta educación del llamado pensamiento integrativo.

Lo que el panorama actual muestra como insuficientemente recalado en la educación tradicional es el desarrollo de habilidades cognitivas, como tales, más allá de los

contenidos del aprendizaje. Además de aprender, necesitamos sobre todo aprender a aprender. Incluso si adoptamos una actitud más pragmática que humanista, llegamos a la misma conclusión. "La cantidad de conocimientos que uno adquiere en un área cualquiera de contenido no guarda relación, por lo general, con un mejor desempeño de la ocupación correspondiente", escribe el profesor Kilpatrick en el Boletín de la AHHP. (Architectural History and Historic Preservation Division) "La mayoría de las ocupaciones sólo requieren que el individuo esté dispuesto y sea capaz... Lo que distingue al individuo eficaz en el desempeño de su función no es tanto la adquisición ni el uso de conocimientos, sino más bien las capacidades cognitivas desarrolladas y ejercitadas en el proceso de adquisición y empleo de esos conocimientos". Aquí también necesitamos mudar nuestro foco de lo externo a lo interno, de lo aparente a lo sutil.

Para el desarrollo de las capacidades cognitivas hay nuevos recursos que la educación podría incorporar hoy en día, instrumentos que van desde los ejercicios de pensamiento lateral de De Bono y el entrenamiento en el análisis de las presuposiciones implícitas², hasta el pensamiento dialéctico y la educación no verbal de Feuerstein, y otros. Quiero destacar, no obstante, dos de ellos que, aun no siendo nuevos, no deben por ello caer en el olvido. Me refiero en primer lugar a las matemáticas. Esta es un área de contenidos de extraordinario valor en la educación del razonamiento como tal, como bien sabían los educadores del pasado. Si aspiramos a conseguir un equilibrio entre los hemisferios derecho e izquierdo del cerebro, cuidémonos mucho de arrojar por la borda las matemáticas como si se tratase de un ejercicio académico propio del pasado, tal y como parece inclinada a pensar la nueva cultura centrada en el hemisferio derecho. En segundo lugar, me refiero a la música. Toda expresión creativa, a través del medio que sea, puede ser considerada como un medio para desarrollar la intuición, pero entre todas ellas sobresale la música, de un modo semejante a como entre todas las ciencias sobresalen las matemáticas. La música, como ha dicho Polanyi, es "matemática sensible", y puede hacer por nuestro cerebro intuitivo lo que las matemáticas en favor de nuestro cerebro racional. En este aspecto puede que tengamos algo que aprender de los húngaros, quienes, bajo la dirección de Zoltan Kodali, desde hace unas dos décadas, han sido pioneros en el campo de la educación musical y en la observación de sus benéficos efectos sobre los niños, con resultados medibles en cuanto al desarrollo de su inteligencia. Hay también otros recursos disponibles en este sentido, de los que podrían sacar partido nuestras escuelas, tales como el sistema Orff y la Eurritmia de Dalcroze.

Otro aspecto de una educación centrada en el desarrollo de la capacidad amorosa es el transpersonal o espiritual. La mitad de cuanto podemos hacer a este respecto consistiría en promover el desmoronamiento del "ego", enseñar a trascender el propio carácter y ofrecer ayuda para atravesar el proceso de liberación de los obstáculos interiores. La otra mitad debería centrarse en el cultivo de aquellas cualidades que constituyen el objetivo de toda forma de meditación, pues es bien sabido, y así lo predicán todas las religiones, que el amor fluye naturalmente de la experiencia mística.

Esto enlaza con el tema de la educación transpersonal, esto es, la educación de ese aspecto de la persona que está más allá del cuerpo, la mente y las emociones, y al que tradicionalmente se le da el nombre de "espíritu". Empezaré por referirme a la cuestión controvertida de si la religión debe o no ser enseñada en clase. Hubo un tiempo en que la religión era una materia obligatoria. Luego, la educación secular reclamó su

² Cfr., por ejemplo, el libro de Abercromlie, *Anatomy of Thinking*, y el de Mayfield, *Thinking for yourself*.

independencia frente a la iglesia, y ello supuso un paso adelante en el desarrollo de la sociedad moderna. Pero una cosa es independizarse de la autoridad de una determinada jerarquía religiosa, y otra cosa es el tema de la educación espiritual. La vertiente religiosa es un aspecto de la naturaleza humana, y ninguna educación puede pretender llamarse holística si no lo toma en consideración. El espíritu de nuestra época no se aviene ya con inculcar ningún tipo de dogmas ni con actitudes particularistas: ha llegado la hora de un enfoque transistémico y transcultural en el campo del espíritu. Como una vez escuché decir al obispo Myers de San Francisco en una reunión de prospectiva³: "No podemos por más tiempo dejar de estar familiarizados con toda la herencia espiritual de la humanidad". Lo que necesitamos, obviamente, es una "clase de religión" en donde se presente la esencia de las enseñanzas espirituales del mundo entero y se subraye la experiencia universal común que todas ellas simbolizan, interpretan y cultivan de maneras diferentes. Quiero también tocar la cuestión de cuándo un niño debe ser iniciado en la enseñanza religiosa. Hay ciertas prácticas, dotadas de un significado espiritual en cierto modo equivalente al de la meditación, que resultan apropiadas para niños pequeños, como son el contacto con la naturaleza, las artes, la artesanía, la danza, el trabajo corporal, y sobre todo la narración de historias y la fantasía dirigida. Sin embargo, en mi opinión, la época ideal para comenzar con la educación espiritual explícita es la de la pubertad, y no antes, a menos que nos propongamos llevar a cabo un lavado de cerebro. Las culturas primitivas, que, como bien sabemos hoy, pueden estar espiritualmente muy evolucionadas, acostumbran introducir a sus miembros en los símbolos y revelaciones de su tradición con ocasión de un rito de iniciación a la adolescencia y a la vida adulta. Antes de eso, los asuntos religiosos son tratados como misterios para los cuales ya habrá oportunidad y guía adecuada cuando llegue el momento. Creo que esta práctica, muy extendida, encierra sabiduría, ya que es en la adolescencia cuando surge la pasión por la comprensión metafísica, que convierte a muchos jóvenes de esa edad en filósofos naturales. Y, lo que es más importante, la adolescencia marca el comienzo del anhelo, el despertar de la energía que mueve al buscador en su búsqueda. Este es, por lo tanto, el tiempo biológicamente adecuado para hablar al individuo en crecimiento acerca del "viaje" y de su objetivo, y acerca de las ayudas, los vehículos, los instrumentos y los talismanes de que puede disponer.

Innecesario es decir que una auténtica educación espiritual no debería quedarse en el terreno teórico, antes bien las enseñanzas espirituales ofrecen un contexto adecuado para la práctica. Si ha de figurar en el curriculum una "clase de religión", ésta debería venir complementada por una introducción vivencial a las disciplinas espirituales, por una especie de "laboratorio de religión" que incluyera una introducción a la meditación y otras prácticas semejantes, de manera que el individuo, al abandonar la escuela, se encontrara dotado de las herramientas básicas necesarias para su propio progreso espiritual en la vida cotidiana.

Tendrá que transcurrir algún tiempo antes de poder contar con individuos capaces de montar un aprendizaje relativo a las disciplinas espirituales basado en la experimentación y diseñado desde una perspectiva transcultural e integral. Entre tanto, la mejor opción puede que sea ofrecer a los estudiantes un período de tiempo durante el cual puedan "probar" entre una selección de las principales disciplinas espirituales cultivadas en todo

³ Prospectiva: conjunto de análisis y estudios realizados con el fin de explorar o predecir el futuro. (N. del E.)

el mundo, para lo cual podrían encontrarse guías adecuados. Espero que en el futuro podamos tener ocasión de diseñar un programa transistémico de prácticas espirituales concebido de acuerdo con los elementos naturales y objetivos de toda enseñanza espiritual y con los aspectos del proceso psíquico implicados en ella. Es claro, por ejemplo, que una forma natural de iniciar un programa semejante podría basarse en la práctica de la concentración, ya que todas las formas de meditación, de culto y de plegaria descansan en la capacidad de concentrarse debidamente.

Aunque este tema, que constituye uno de mis campos de especialización, merecería un desarrollo mucho más extenso, básteme decir aquí que la variedad existente de esquemas de práctica espiritual se reducen, en mi opinión, a una serie de formas puras, o a una combinación, de un número limitado de "acciones internas", y creo que así como la educación física requiere ejercitar las diferentes posibilidades de movimiento del cuerpo, así también deberíamos tratar de cultivar las diferentes "posturas psicológicas" que implica la experiencia espiritual; en efecto, esa actitud óptima de conciencia que todas las disciplinas espirituales persiguen como meta, entraña un estado y unas experiencias multifacéticas, que abarca cualidades y sensaciones diversas como claridad, calma, libertad, desapego, amor, sacralidad. Y aunque el cultivo de cada una de estas cualidades constituye de por sí un camino, algo podría ganarse a través de un enfoque integrativo que, por encima de lo que cada una de ellas representa, apuntase hacia el objetivo en el cual todas convergen.

Aparte de las razones de eficacia, un programa concebido en base a la comprensión de las dimensiones subyacentes a cualquier tipo de práctica espiritual tendría la ventaja de conducir a la conciliación experimental de muchas paradojas y acabar con la estrechez mental que supone discutir acerca de cuál es el camino "verdadero". Otro fruto adicional sería la espontánea comprensión de la esencia de todas las tradiciones religiosas.

He desarrollado hasta aquí mi visión acerca de lo que llamo una educación integral, esto es, una educación del cuerpo, las emociones, la mente y el espíritu, que se base en una contemplación equilibrada de sus diferentes aspectos, y que sea capaz de devolver al mundo seres capaces de comprender tal visión y de servirla con generosidad. ¿Qué podemos hacer en favor de tan noble iniciativa?

Por supuesto, la cuestión decisiva es la expansión y difusión de esa forma de comprensión. Un mayor progreso en la comprensión por parte de todos es susceptible de conducir a ulteriores desarrollos, más creativos que los producidos hasta la fecha en el seno de la enseñanza privada, y eso ya es algo.

Pero el paso siguiente en orden a convertir el sueño en realidad reside, sin embargo, en la educación de los educadores.

Esto ya lo vienen haciendo por sí mismos en cierta medida muchos educadores, que guiados por un afán de crecimiento propio y el amor a su profesión se procuran las nuevas experiencias e informaciones necesarias a través de distintas formas de educación continua autodirigida. Es de esperar, no obstante, que dentro de no mucho tiempo los propios centros de formación de educadores puedan haber asimilado suficientemente la forma holística de comprensión a que nos venimos refiriendo, de manera que en el momento de dejar la universidad los profesores hayan desarrollado, junto con la madurez y la profundidad necesarias, la perspectiva y la serie de habilidades que requiere una educación integral.

A la expansión y maduración de la conciencia en la población, y de un modo especial entre los profesionales, seguirá de un modo natural la reforma del sistema educativo oficial: la revolución de hoy es el "establishment" de mañana. Las instituciones sociales poseen su propia inercia característica, y el crecimiento tiene lugar como resultado de sobrepasar tal inercia a través de la visión prospectiva: "el poder domesticador de lo pequeño", en el lenguaje del I Ching. El establishment educativo ha merecido ser comparado, por su inercia, con un elefante blanco, y los servicios que presta resultan obsoletos e irrelevantes hasta un punto del todo injustificable. La indisciplina escolar, no me cabe duda, es en este sentido un fenómeno reactivo, una especie de huelga contra la inutilidad, una súplica en pro de una educación que resulte relevante para los tiempos críticos y los problemas reales que debemos enfrentar, una educación a la que realmente pudiéramos considerar sabia y que verdaderamente nos ayudase a ser mejores.

Confío haber transmitido, a través de cuanto precede, una cierta conciencia acerca de la negatividad e irrelevancia de nuestro actual sistema educativo, patriarcal y anti-holístico con respecto a la situación humana real hoy en día, y espero haber dejado claro que éste es un tema que requiere una urgente atención. Nuestra educación es tan absurda como potencialmente "salvífica". Es absurda hasta el punto de que muchos han llegado a hablar de dismantelar las escuelas como la solución más adecuada (Ivan Illich veía en el dismantelamiento de las escuelas el paso fundamental para la gran liberación necesaria frente al autoritarismo en general). Muchos piensan que la educación actual no sólo ha dejado de cumplir con su función, sino que incluso, por omisión, nos ha perjudicado. Al decir esto, me viene la imagen de un cartel que presentase la foto de un grupo de niños llenos de vida al lado de otra con gente en un autobús, con cara de robot y expresión aburrida, y una frase debajo que dijese: "¿Qué ha sucedido?". A la hora de encontrar respuesta para ese proceso de adormecimiento, de embotamiento de las facultades humanas, no cabe duda que habría que darle la palma a la intervención de un proceso educativo como el actual, tan opuesto a lo que con él se debería tratar de conseguir.

La situación global que atravesamos me hace considerar "urgente", y no solamente importante, encontrar una solución a este problema, ya que, a pesar de que la crisis que padecemos es consecuencia del fracaso de nuestros planteamientos en las relaciones humanas, estamos descuidando totalmente el aprendizaje de la dimensión transpersonal en el ámbito educativo.

Después de haber circulado durante muchos años la expresión "problemática mundial", para referirse con ella al gran macroproblema que engloba todos los problemas que escapan a la capacidad de encontrar soluciones de los especialistas aislados, Alexander King, co-fundador del Club de Roma, ha acuñado en su libro La Primera Revolución Mundial, recientemente publicado, la nueva expresión "resolútica", como contrapartida de aquélla, y en su propuesta de una vía compleja de salida a la situación, destaca junto a la de la tecnología, la importancia de la educación. Según él, la educación debería comprender los siguientes objetivos:

- adquirir conocimientos
- estructurar la inteligencia y desarrollar las facultades críticas
- desarrollar el conocimiento de uno mismo y la conciencia de las propias cualidades y limitaciones
- aprender a vencer los impulsos indeseables y el comportamiento destructivo

despertar permanentemente las facultades creativas e imaginativas de la persona
aprender a desempeñar un papel responsable en la vida de la sociedad
aprender a comunicarse con los demás
ayudar a las personas a adaptarse y a prepararse para el cambio
permitir a cada persona la adquisición de una concepción global del mundo
formar a las personas para que puedan ser operativas y capaces de resolver problemas⁴"

Personalmente celebro y comparto las afirmaciones de King, pero siento, no obstante, que en su lenguaje de pura objetividad tomado del mundo de la economía, la política y la ingeniería, se pierde algo vital sustancial: me parece significativa la ausencia de palabras tales como "amor" y "compasión". Son palabras que nuestro mundo, basado en el desarrollo del hemisferio cerebral izquierdo, considera implícitamente prohibidas, de un modo semejante a como entre los personajes replicados del Mundo Feliz de Aldous Huxley se consideraba de mal gusto hablar de la incubadora.

Quiero ahora referirme al hecho de que una de las razones por las que no se ha avanzado más hasta ahora, ni siquiera en la formulación de esos objetivos adicionales que la educación debería perseguir, es la implícita convicción de que tratar de conseguirlos resultaría en exceso costoso. Parece natural pensar que un cambio tan radical en torno a los objetivos de la educación –y no digamos nada, en cuanto a los medios a emplear para ello– habría de suponer el correspondiente relevo en el personal encargado de llevarlo a efecto.

Pero creo que el problema no es tan insoluble como parece. La clave definitiva, por supuesto, estribaría en un molde diferente de formación de los educadores, que actualmente reciben un exceso de bagaje intelectual y una insuficiente educación emocional y espiritual. Por ejemplo, en el campo de la psicología se enseña mucho acerca de conductismo, pero nada que realmente ayude a cambiar a la gente; es decir, se aprende a cambiar comportamientos concretos, pero muy poco a cambiar de forma de vida. ¿Por qué? Porque el conductismo es científico, y como tal sólo se ocupa de lo que puede ser medido.

Una vez, uno de mis profesores en la Facultad de Medicina, Ignacio Matte-Blanco, psicoanalista chileno emigrado a Italia hace muchos años, me contaba de un amigo suyo que había querido estudiar medicina porque le atraía como vocación ocuparse del ser humano, comprender la mente humana. Con el tiempo, llegó a darse cuenta de cuán imposible resultaba pretender construir una auténtica ciencia de la mente, y al final dedicó su vida al estudio de la transmisión de los impulsos nerviosos y la polarización de la membrana del eje neuronal del calamar. Creo que a todos nos ha pasado un poco eso: que por ser científicos hemos limitado el campo de nuestros intereses a lo que la ciencia puede abarcar y medir, quedando así presos en uno de los juegos patriarcales, el científicismo, que no es, por supuesto, lo mismo que la ciencia, sino tan sólo una caricatura del espíritu científico.

Traigo a colación el tema de la economía a este respecto, porque estoy convencido de que ese necesario cambio de orientación de la educación es posible, está fácilmente a nuestro alcance, y resultaría mucho menos costoso de lo que podemos imaginar. Con sólo contar con el suficiente grado de conciencia, sería una revolución tan alcanzable como el simple

⁴ *The First World Revolution* de Alexander King y Bertrand Schneider

gesto de girar un interruptor. Piénsese en la analogía de la Revolución Francesa, en donde un cambio radical de orientación en la educación (desde una visión humanista a una concepción científica) pudo ser llevado a efecto sólo porque hubo un gobierno fuerte que decidió hacerlo así. "Bien –dijeron las autoridades–, vamos a traer a los científicos a las escuelas". La gente que entendía de ciencia eran quienes andaban metidos en los laboratorios, como Lavoisier y sus discípulos. Era la época del nacimiento de la ciencia, y se trajo a las escuelas, a enseñar, a gente que no tenía experiencia pedagógica, pero que tenían mucho que comunicar.

Creo que ahora habría que hacer algo semejante: dar un espacio limitado a las materias que actualmente conforman el currículum (en realidad, la mayor parte de cuanto aprendemos lo aprendemos fuera del entorno escolar), condensar buena parte de cuanto hoy en día se hace en las escuelas, y hacer sitio en ellas a personas que han estado ocupándose de su propio y más elevado desarrollo interior, gente metida en el creciente movimiento experiencial terapéutico y espiritual que florece a nuestro alrededor. Esta doble vertiente de búsqueda, psicológica y espiritual, responde a la sed de respuestas despertada en el hombre en la misma medida en que la cultura –esta cultura nuestra patriarcal no sólo ya obsoleta y en crisis, sino agonizante– ha dejado de darlas. Ya Nietzsche, en el siglo pasado, proclamó que Dios había muerto, pero a lo que Nietzsche se refería en realidad era a la imagen que la gente se formaba de Dios en su mente; esa imagen, tan ligada a la mentalidad patriarcal, sí ha muerto. Para que renazca el espíritu, es necesario hablar otros idiomas, abrirse de nuevo a la sed y dejar de sentirse ajenos a esta preocupación tan humana. Y esto está ocurriendo en torno nuestro en estos tiempos. De un modo especialmente genuino, esa búsqueda y esa preocupación ha ido caracterizando los diversos grupos y tendencias englobados en el seno de la Psicología Humanista, nacida en los EE.UU. como "Movimiento de las Potencialidades Humanas" en los años sesenta, y desarrollada más tarde bajo el nombre de Psicología Transpersonal, que bien pudiera ser considerado como un nuevo chamanismo emergente. Se trata de un proceso contagioso que desborda por su propia dinámica el marco de lo académico, más allá de su innegable y vigorosa capacidad de fecundarlo.

Creo que dentro de este movimiento general cabría reclutar un número suficiente de educadores psico-espirituales, y las instituciones educativas harían bien en darles entrada desde ya mismo en su seno, aunque sólo fuera con carácter experimental y complementario. Esto inicialmente, ya que el cambio ideal y definitivo habría de requerir, como es lógico, una nueva educación de los educadores: la vida sólo procede de la vida, y la madurez solamente de personas que a su vez han madurado, sobre todo cuando lo que se trata de transmitir es una formación integral y estrictamente humana.

Lo que se echa de menos en las escuelas de formación de educadores hoy en día es la capacidad de dotar a los maestros y profesores de toda una serie de habilidades y conocimientos en el ámbito terapéutico y en el espiritual, cuando, en mi opinión, resultaría relativamente poco costoso incluir estas enseñanzas en los programas respectivos. Digo esto basado en mi propia experiencia, ya que yo mismo he llevado a cabo programas de formación semejantes, si bien dirigidos directamente a terapeutas y no tanto a educadores. Pienso que a través de programas intensivos y breves que no requerirían un tiempo excesivo, sería posible ofrecer una ayuda eficaz a profesores que se sienten "quemados", aburridos, incapaces de relacionarse de verdad con sus alumnos,

desmotivados y condenados a seguir haciendo algo en lo que han dejado de creer, sin ver ninguna salida a su situación.

He tenido ocasión de hablar frecuentemente de este tema ante auditorios escogidos y especializados, y he captado siempre en ellos una resonancia que me da motivos para sentirme optimista en cuanto a la difusión y propagación del contenido de las ideas que preceden. Entre esas oportunidades, dos han sido especialmente significativas.

Una tuvo lugar en el II Congreso Holístico Internacional, celebrado en Belo Horizonte en 1991, donde el auditorio aprobó por unanimidad una moción de recomendación a la UNESCO en el sentido de tomar en cuenta la urgencia de incorporar el factor emocional y espiritual a la educación.

La segunda fue en el Simposio Internacional sobre el Hombre, celebrado en Toledo, España, también en 1991, en el curso del cual realicé una pequeña encuesta entre los componentes del auditorio que asistía a mi conferencia. Casi la mitad eran educadores, y también en esta ocasión la respuesta fue completamente unánime en el sentido de apoyar mi propuesta en favor de una educación más holística, que debería nutrirse de las aportaciones de la "Revolución de la Conciencia" y del movimiento humanístico en general, y que privilegiase el aspecto afectivo y el crecimiento espiritual de los educandos.